

Puntos de vista

Los hombres que no mueren.

*N*O sólo son el Dante, Shakespeare o Cervantes, entre otros, los que tienen el privilegio de no morir, a lo largo del tiempo, y en la sensibilidad de las gentes que de generación en generación, comienzan a soñar y a pensar de distinta manera. Genios como los nombrados no forman legiones, porque el talento excepcional no es cosa de producirse a diario, ni flor que abra su corola en cualquier jardín. A esos hombres les aureoló la belleza y fué como el hada madrina que les ayudó, sin abandonarles jamás, a traspasar todos los siglos. A ser más fuertes que la muerte, lo que es demasiado decir. Si pensamos en los millones de seres humanos que se quedaron, en el fondo del pretérito como una montaña inmensa de carne que se reintegró a la tierra y de cuya existencia nadie supo nada, habremos de medir la fantástica proporción que hay entre la vida anónima y la de esos seres de portentoso valer, para que permanezcan y se yergan incólumes como los astros de primera magnitud, para seguir preocupando al mundo.

El orbe ha oscilado siempre entre el arte y las hazañas guerreras. O sea que el hechizo principal que cautiva a la sensibilidad humana es aquel que subyuga el pensamiento y el que avasalla a las gentes con sus hechos guerreros. Napoleón, Aníbal, Ale-

jandro, César, son las otras cumbres humanas que siguen dando que hablar. A ratos son paradigmas, y luego faros que iluminaron el destino de la humanidad. Un Galileo, un Einstein o un Sócrates también se elevan a estas altas cimas y en vez de morir en el recuerdo se agigantan cada día con más fuerte resplandor. Es el privilegio que Dios le da a la raza humana para que se reivindicque de todos sus errores, de todas las torpes y absurdas equivocaciones que comete y sigue cometiendo, cuando el egoísmo, como una pantera negra, viene a morderle el corazón.

Del egoísmo nace el odio y de éste todas las calamidades que aquejan al destino humano. Sólo se salva porque en la condición de ser hombre hay también un anhelo de felicidad, un ansia de superación y acaso una exaltada ilusión de acercarse a la perfección, que sólo se puede alcanzar cuando el bien logra derrotar al mal. Pero la lucha entre Ariel y Calibán, sigue llenando de angustia todos los caminos de la tierra. Se hacen votos en que se sueña con que la paz habrá de ser como un río generoso en el cual todos los hombres puedan beber su gota de buena intención. Pero el bien es un río y el mal es un océano amargo, en cuyas tempestades rugen todas las malas pasiones que acaso jamás habrán de ser dominadas.

La humanidad, sin embargo, sigue aferrándose a su ilusión de llegar al equilibrio. Y que la paz sea como una inmensa sementera, en la cual cada grano pueda nutrir un elevado anhelo. Y esto debe ser, sin duda alguna, la fuerza espiritual que nos arranque de la desventura y nos haga pensar en que no es esa la condición permanente que el hombre debe padecer.

Entre el oleaje de las pasiones surgen, sin embargo, y triunfan a veces las buenas intenciones. Y esto redime y purifica el corazón humano. El triunfo de esas buenas intenciones, generosas y sublimes, es como la savia de los grandes árboles, y fué la que dió felicidad a los pueblos que se formaron en esta América hispana que descubriera Colón, soñando con hacerle un bien a la humanidad.

La raza conquistadora manifestaba su prepotencia y su dominio sobre el criollo americano, que aspiraba a vivir con dignidad, con más sensación de que el destino les pertenecía y no era algo que pudiera recibir únicamente por los azares de la vida y del tiempo. Porque la dignidad del hombre surge siempre de su libertad. En su libertad para pensar, para manejarse y hacer lo que desea está la expresión de superioridad sobre los irracionales. Muchos países de esta América comenzaron a experimentar la necesidad de vivir de acuerdo con los dictados de su propia conciencia. Y entonces lucharon por emanciparse de todo tutelaje. El hijo, en la familia, hizo siempre lo mismo, con la diferencia de que la costumbre le reconoce ese derecho.

La Madre Patria, tercamente, no quiso darle esa libertad a los hijos que habían crecido allá al otro lado de los mares. Y vino entonces la guerra. Los batallones de españoles nacidos en América se estrellaron en los campos de batalla con los batallones de españoles nacidos en la península. Fué la lucha épica y cruenta de la emancipación. Y estos pueblos niños, estos pueblos adolescentes, necesitaron hombres que les dieran todo, incluso la vida, para conquistar la dignidad, y darles una conciencia que les perteneciera orgullosamente, sin subterfugios ni mentirosas apariencias.

Bolívar, Miranda, San Martín, O'Higgins, Sucre, Oarrera, Hidalgo, Morelos, forman la recia estirpe de campeones de la libertad. Los hombres que sufrieron toda suerte de padecimientos para salir adelante en sus empresas de leyenda. Los campos de América presenciaron sucesos tan heroicos, que superaron a todas las hazañas guerreras del mundo antiguo. Y los Andes vieron como los Alpes, a los hombres que dejaban sus despojos en las altas cumbres o en el fondo de los abismos para ser devorados por los pájaros carnívoros. En estas tierras nuestras hay una figura de supremo relieve en la lucha de la libertad americana: San Martín. Junto a nuestro héroe máximo O'Higgins, liberta a Chile y luego al Perú en una gesta de supremo heroísmo y generosidad.

Estos son los hombres que no pueden morir. Son los hombres epónimos que crearon pueblos y forjaron la dignidad americana. Los que condujeron sus pasos a un destino superior. Y en estos días se les ha recordado con emoción, con recogimiento y gratitud. Sus virtudes superaron a sus pasiones. Y esto bastó para ungirlos vencedores del tiempo y del olvido. Son los hombres que no pueden morir.